

Los hijos del capitán Grant

Julio Verne

Ilustraciones ~ J6 Rivadulla

LETRA GRUPO EDITOR
IMPRESA

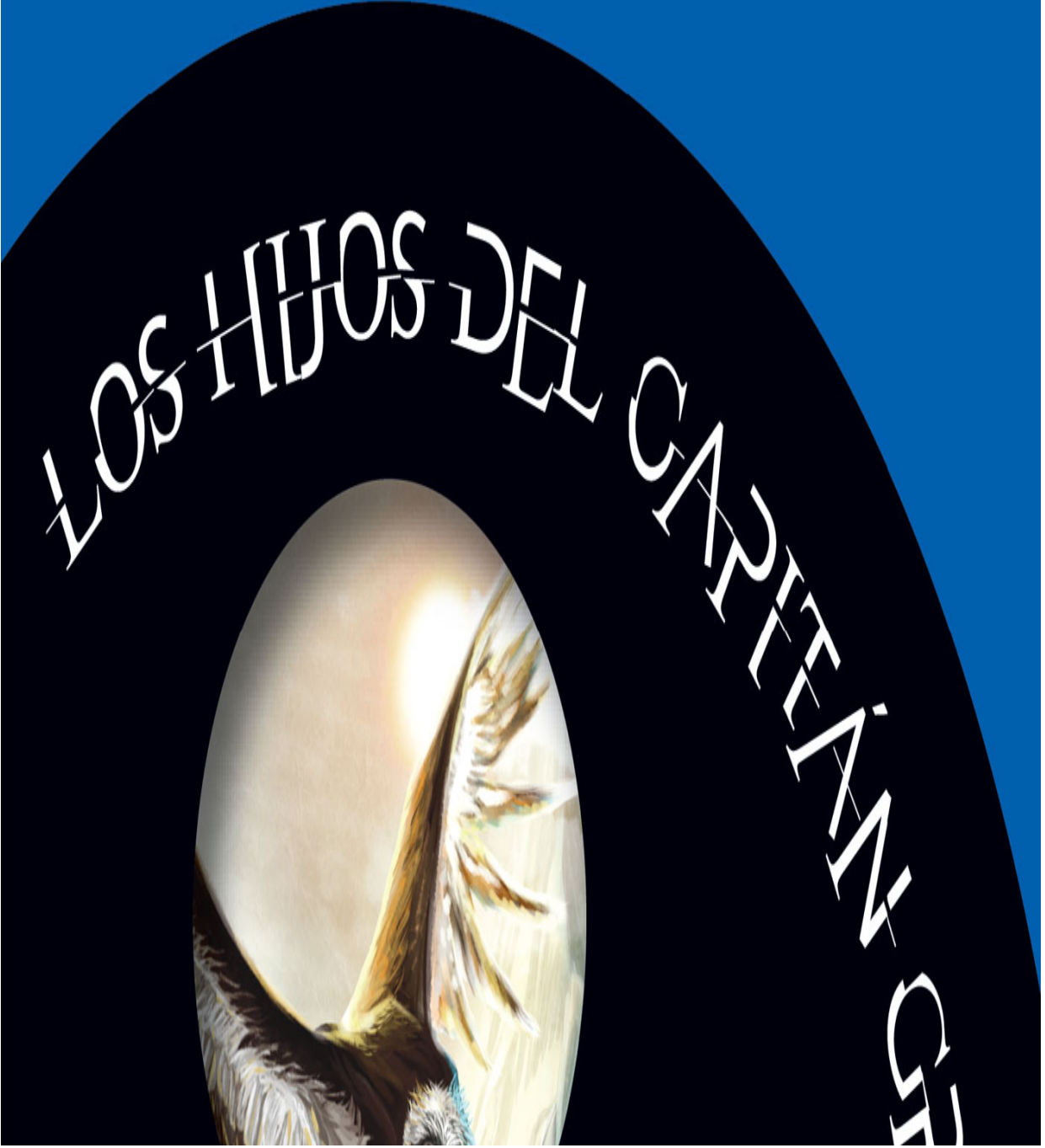
TRILOGÍA VERNE

Viaje 2

La Puerta Secreta



6
Rivadulla





LA
PUERTA
LATINA

AVANTE



Letra Impresa
GRUPO EDITOR

COLECCIÓN La puerta secreta

REALIZACIÓN: Letra Impresa

AUTOR: Julio Verne

ADAPTACIÓN: Patricia Roggio

EDICIÓN: Elsa Pizzi

DISEÑO: Gaby Falgione COMUNICACIÓN VISUAL

ILUSTRACIONES: J6 Rivadulla

Verne, Julio

Los hijos del capitán Grant / Julio Verne ; adaptado por Patricia Roggio ;
ilustrado por J6 Rivadulla. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Letra
Impresa Grupo Editor, 2019.

Libro digital, EPUB - (La puerta secreta ; 20)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-4419-73-6

1. Narrativa Infantil y Juvenil Francesa. 2. Novela. I. Roggio, Patricia, adap. II.
Rivadulla, J6, ilus. III. T6tulo.

CDD 843.9283

© Letra Impresa Grupo Editor, 2021

Guamin6 5007, Ciudad Aut6noma de Buenos Aires, Argentina.

Tel6fono: +54-11-7501-1267 Whatsapp +54-911-3056-9533

contacto@letraimpresa.com.ar

www.letraimpresa.com.ar

Hecho el dep6sito que marca la Ley 11.723

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducci6n parcial o total, el registro o la transmisi6n por un sistema de recuperaci6n de informaci6n en ninguna forma ni por ning6n medio, sea mec6nico, fotoqu6mico, electr6nico, magn6tico, electro6ptico, por fotocopia o cualquier otro, sin la autorizaci6n previa y escrita de la editorial.



LA LLAVE MAESTRA

¿Recuerdan esta noticia? En la noche del 13 de enero de 2012, el crucero Costa Concordia naufragó en la costa italiana del mar Mediterráneo, a solo quinientos metros de la isla de Giglio. Se sabe que el barco chocó con un escollo y quedó semi-sumergido. Llevaba 4.229 personas a bordo, entre turistas y tripulación.

El rescate del Costa Concordia comenzó poco después del accidente y, a pesar de la cercanía con tierra, de las comunicaciones inmediatas entre el puerto y la nave, y de los medios con que hoy se cuenta para evacuar a los pasajeros, murieron más de veinte personas. A su capitán, Francesco Schettino, lo juzgan por causar el choque y por abandonar el barco antes de que rescataran a todos sus ocupantes.

La noticia del Costa Concordia asombró porque, por fortuna, es raro que ocurran estos accidentes. Ahora, los barcos cuentan con instrumentos y mapas muy precisos. Y no solo los barcos: para orientarnos en tierra hasta podemos usar un sistema satelital: el GPS.

Pero estos elementos no existían en el pasado y por eso viajar era mucho más difícil y bastante peligroso. Piensen todo lo que pudo suceder en una travesía que se inició en 1860 y no en el año 2012. Aquel barco no se llamaba Costa Concordia sino Britannia, no viajaba por el Mediterráneo sino por un océano del hemisferio sur, y su capitán no era Francesco Schettino sino Harry Grant. Cuatro años después, un grupo de personas recibió un mensaje del capitán Grant pidiendo socorro. No se trataba de una comunicación por radio, pues en esa época, los barcos no contaban con ese instrumento y, mucho menos, los naufragos. Eran solo unos papeles medio destruidos por el

agua que llegaban en una botella arrojada al mar. Como en el caso del Costa Concordia, quienes recibieron el pedido de socorro respondieron inmediatamente. Pero en el siglo XIX, llevar ese auxilio no era tan fácil, y menos si nada estaba claro en el mensaje.

Así comienza la historia que van a leer: con un mensaje que llega en una botella, un barco y su capitán desaparecidos y un grupo de aventureros dispuestos a rescatarlos. ¿Cómo sigue? Lo descubrirán en la novela. Solo podemos adelantarles que se trata de una de las extraordinarias aventuras contadas por Julio Verne y que, junto con *20.000 leguas de viaje submarino* y *La isla misteriosa*, forma una trilogía protagonizada por héroes dispuestos a enfrentar cualquier peligro por tierra o por mar.



LOS HIJOS
DEL CAPITÁN GRANT

JULIO VERNE

ADAPTACIÓN

Patricia Roggio





ILUSTRACIONES

Jó Rivadulla





I

LOS HIJOS DEL CAPITÁN GRANT EN AMÉRICA DEL SUR

1. EL TIBURÓN MARTILLO

El Duncan navegaba a todo vapor por el Mar del Norte cuando, desde el palo mayor, un marinero anunció que un enorme pez iba siguiendo la estela del buque. John Mangles, su capitán, sugirió que aprovecharan la oportunidad para pescarlo y lord Glenarvan, su propietario, estuvo de acuerdo.

Los marineros echaron un anzuelo disimulado en un trozo de tocino. El pez olió el cebo y se aproximó rápidamente. Se trataba de un tiburón martillo y lo reconocieron porque ya veían sus cuatro hileras de dientes y su cabeza ancha, como un martillo adherido al mango.

El tiburón no tardó en comerse el cebo y el anzuelo. De inmediato, los marineros tiraron del *reel* y, poco después, el pez estaba sobre la cubierta del buque.

La pesca había terminado, pero faltaba cumplir con una costumbre de a bordo: registrar su estómago. Como los marineros conocen la voracidad de los tiburones, confían en que allí pueden encontrar algo extraordinario. Y raras veces se equivocan. Pero en ese, solo les llamó la atención un objeto extraño.

—¿Qué será? —preguntó el contramaestre, con sorpresa.

—Solo es una piedra —contestó un marinero.

—¡No! —exclamó otro—. Eso es una bala que le metieron en la panza y que el tunante no pudo digerir.

—¿Se quieren callar?! —gritó Tom Austin, el segundo del buque—. ¿No ven que este animal era tan borracho que se tomó el vino y también la botella?

—¿Cómo?! —exclamó lord Glenarvan—. ¿Lo que tiene en el estómago es una botella?

—Una verdadera botella —respondió Tom.

—Bien, sáquenla con cuidado y llévenla a mi camarote. Las botellas que se encuentran en el mar suelen guardar importantes documentos.

Ese día, 26 de julio de 1864, en el Duncan viajaba lord Edward Glenarvan y lo acompañaban su esposa, lady Helena, y su primo, el mayor Mac-Nabbs. Y unos minutos después, todos interrogaban con sus miradas la botella que había sido colocada sobre una mesa. ¿Encerraba el secreto de una catástrofe? Antes de registrar su interior, Glenarvan la examinó por fuera.

—Podemos afirmar que viene de muy lejos —dijo, mientras la mostraba a sus compañeros—. Y si la estudiamos detenidamente, responderá a todas nuestras preguntas.

Glenarvan raspó los materiales endurecidos que cubrían el cuello de la botella, hasta que apareció el tapón, muy estropeado por el agua de mar.

—¡Qué lástima! ¡Está mal tapada! —exclamó—. Fue una suerte que el tiburón se la tragara porque, si no hubiera estado en su estómago, no habría tardado en irse al fondo.

—¿Hay algo adentro? —preguntó lady Helena.

—Sí, hay papeles. Pero están estropeados por la humedad y pegados al vidrio.

—Rómpala —propuso el capitán Mangles.

Cuando lord Glenarvan lo hizo, unos fragmentos de papel cayeron sobre la mesa.

2. LOS TRES DOCUMENTOS

En aquellos papeles medio destruidos por el agua, solo se veían algunas palabras indescifrables, en renglones casi borrados. Lord Glenarvan los examinó de un lado y del otro y, luego, les dijo a sus ansiosos compañeros:

—Parecen tres copias del mismo mensaje, una escrita en inglés, otra en francés y otra en alemán.

—¿Pero tienen algún sentido? —preguntó lady Glenarvan.

—Es difícil asegurarlo, Helena. Faltan palabras y las que se alcanzan a leer están incompletas.

—Es improbable que el agua haya borrado las mismas en los tres papeles. Tal vez, si rearmamos un mensaje con las palabras que identifiquemos en los otros, entendamos lo que dice —opinó el capitán Mangles.

Lord Glenarvan estuvo de acuerdo y leyó el primer documento.



—Está escrito en inglés —dijo luego—. Las palabras *sink*, *land*, *that*, *and*, *lost* están completas. Evidentemente, *skipp* es parte de la palabra *skipper*, que significa “capitán”. Podría tratarse del capitán de un buque que naufragó. *Monit* y *ssistance* también se entienden —agregó—. La primera es *monition*, o sea “documento”, y *ssistance* es una parte de *assistance*, que quiere decir “socorro”.

—Pero faltan renglones enteros. ¿Cómo sabremos el nombre del buque perdido y el lugar del naufragio? —preguntó lady Helena.

—Ya lo descubriremos con lo que digan los otros documentos —respondió lord Edward y leyó el segundo pedazo de papel, más deteriorado que el primero.



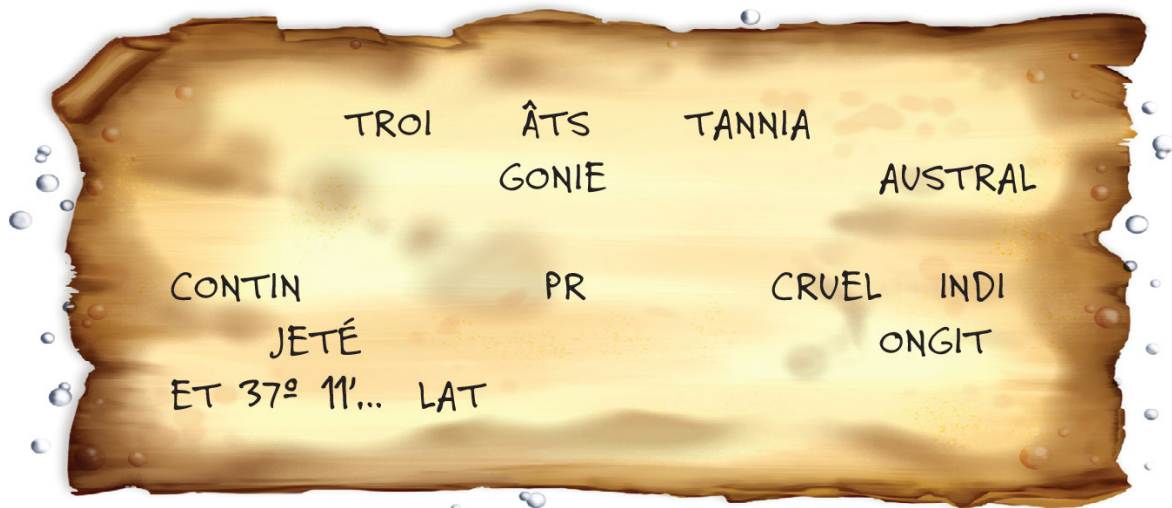
—Está en alemán y yo conozco ese idioma —dijo el capitán—. Esta es la fecha: 7 de junio. Y si la unimos al 62 del documento en inglés, tenemos el dato completo: el naufragio ocurrió el 7 de junio de 862. *Glas* junto a *gow* nos da la palabra “Glasgow”. Después falta un renglón. Pero en el tercero se lee *zwein*, que quiere decir “dos”, y *atrosen*, o más bien *matrosen* que significa “marineros”.

—Entonces, habla de un capitán y dos marineros —concluyó lady Helena.

—Pero no sé qué es *graus*. Tal vez el tercer documento nos dé alguna pista. *Bringt ihmens* quiere decir “llévenles”. Y si lo unimos a la palabra *assistance*, la frase es “llévenles socorro”, o “socórranlos”.

—Sí, que los socorramos. ¿Pero dónde están? —se preguntó lord Glenarvan—. Hasta acá no tenemos ningún dato del lugar del naufragio. Veamos el último documento.

El mensaje en francés decía:



—Con lo que ya sabemos por los documentos en inglés y en alemán, podemos decir que en el primer renglón menciona un buque, el Britannia —dedujo lord Glenarvan—. No sé que es *gonie* pero *austral* se comprende.

—Entonces, el naufragio sucedió en el hemisferio austral —dijo John Mangles—. Aunque es un dato muy vago.

—Continuemos —propuso Glenarvan—. *Abor* es parte de “abordar”. Los naufragos abordaron en algún lado. ¿Pero dónde? *Contin...* ¿será un continente? ¿Y *cruel*?

—¡Esa es la explicación de *graus*! *Grausam* significa “cruel” —exclamó el capitán Mangles.

El interés de Edward Glenarvan crecía a medida que develaban la incógnita. ¿*Indi* significaría que habían ido a la India? Pronto comprendió que *ongit* formaba parte de la palabra “longitud”. Y 37° 11' era la latitud. Por fin tenían un dato exacto.

Estaba claro que la vida de algunos hombres dependía de la sagacidad de los pasajeros del Duncan, así que continuaron intentando descifrar el mensaje. Decía que el 7 de junio de 1862, el buque Britannia, de Glasgow, se había hundido en los mares australes; que dos marineros y el capitán arrojaron ese documento al mar en los 37° 11' de latitud y pedían socorro.

—Nos falta la longitud —se lamentó lord Glenarvan—. Ahora presten atención a la palabra *gonia*.

—¡La Patagonia! —exclamó lady Helena.

Inmediatamente, consultaron un mapa y constataron que el paralelo 37 pasa por la Patagonia. Lord Glenarvan propuso continuar con sus

deducciones.

—Si *contin* es continente, los dos marineros y el capitán llegaron a un continente y no a una isla. Las letras *pr* nos revelan lo que les pasó: los tomaron prisioneros. ¿Quiénes? Indios crueles. Capitán Mangles, ¿podemos averiguar qué ruta hacía el Britannia en 1862?

El capitán sacó de un estante una pila de periódicos de ese año y, rápidamente, encontró lo que buscaba.

—“30 de mayo de 1862. Desde el Callao, Perú, con destino Glasgow, Escocia. Britannia, capitán Grant” —leyó. Y luego agregó—: ¡Claro, Grant, el escocés que salió de Glasgow en el Britannia y del que no se volvió a saber!

—¡No hay duda! ¡El Britannia se perdió frente a las costas de la Patagonia! —exclamó el lord y leyó el mensaje como si se lo dictara el mismo capitán Grant—:

El 7 de junio de 1862, el buque Britannia de Glasgow ha naufragado en las costas de la Patagonia, en el hemisferio austral. Dirigiéndose a tierra, dos marineros y el capitán Grant intentaron abordar el continente donde cayeron prisioneros de crueles indios. Han arrojado este documento a los grados de longitud y 37° 11' de latitud. Socórranlos o están perdidos.

Glenarvan decidió llevar el documento al Almirantazgo para que la Marina inglesa organizara el rescate. Pero antes, buscaría el modo de avisarle a la familia del capitán Grant que todavía había esperanzas de encontrarlo.

Cuando el Duncan llegó a puerto, lady Helena tomó un coche hacia su hogar, el castillo de Malcom, y su marido tomó el tren a Glasgow, después de enviar un telegrama al *Times*. En él, pedía que publicaran el siguiente anuncio:

Para recibir noticias del Britannia, dirigirse a lord Glenarvan, castillo de Malcom, Escocia.

3. UNA PROPUESTA DE LADY GLENARVAN

Lord Edward Glenarvan era un joven noble escocés de facciones algo severas pero mirada dulce. En cuanto a su carácter, era valiente y emprendedor. Tres meses antes del hallazgo de la botella, se había casado con Helena Tuffnel. Lady Helena lo amaba tanto como él a ella, y ambos vivían felices en el castillo de Malcom.

Mientras esperaba el regreso de su marido, Helena recibió una inesperada visita: una jovencita y un niño pedían hablar con lord Glenarvan. La joven, de apenas dieciséis años y mirada triste, llevaba de la mano a su hermano, un niño de doce años de edad y de aspecto decidido.

—¿Su esposo publicó un anuncio sobre el naufragio del Britannia? —le preguntó la joven, cuando los recibió.

—Sí. ¿Y ustedes son...?

—Yo soy Mary Grant y él es mi hermano Robert.

Lady Helena les dio la bienvenida y les contó que, al parecer, el Britannia había naufragado en las costas de la Patagonia, y que el capitán había sobrevivido y pedía socorro en una botella arrojada al mar.

Mientras escuchaba, Robert imaginaba a su padre en la cubierta de su velero, lo seguía sobre las olas, llegaba con él a las rocas de la costa, se arrastraba sobre la arena. Y tanto él como su hermana, lloraban de alegría.

—Por favor, ¿podría darme esos papeles? Me gustaría ver la letra de mi padre —rogó la señorita Grant, cuando lady Helena terminó su relato.

Pero ella le explicó que su marido los había llevado al Almirantazgo, para que la Marina británica fuera en auxilio de los naufragos. Y como ya era tarde y se veía que los niños no tenían a dónde ir, los invitó a quedarse hasta que lord Glenarvan regresara con noticias.

Mary y Robert eran los únicos hijos del capitán Grant. Su madre había muerto y, cuando su padre salía de viaje, los dejaba al cuidado de una anciana tía. Harry Grant, un marino hábil y audaz, dueño del buque Britannia, había partido en 1860 hacia las islas del Pacífico. Hasta mayo de 1862, se recibieron noticias suyas, pero después, nadie volvió a saber de él. La tía murió y los niños quedaron solos en el mundo y convencidos, como todos, de que el Britannia había naufragado y su padre estaba muerto. Por eso, cuando

supieron del anuncio en el *Times*, tomaron el primer tren hacia el castillo de Malcom.

La historia de Mary y Robert emocionó a lady Helena, y esa noche los trató como si fueran sus propios hijos. Los niños cenaron y durmieron en una acogedora habitación y, cuando lord Glenarvan llegó, ya estaban levantados.

—¿Qué pasa, Edward? —le preguntó su esposa al verlo desanimado y, al mismo tiempo, furioso.

—¿Qué pasa? ¡Que no tienen corazón! Dicen que el documento no es claro, que ya pasaron dos años desde que se perdió el *Britannia* y que hay muy pocas probabilidades de encontrarlo. En pocas palabras, se negaron a buscarlo, así que el pobre Grant está perdido para siempre.

Mary había escuchado la conversación y exclamó:

—¡Mi padre, mi pobre padre!

Cuando Helena le reveló quiénes eran esos niños, lord Glenarvan lamentó haber comentado el resultado de su viaje frente a ellos.

—Ahora, nosotros iremos a hablar con esos señores del Almirantazgo y ya veremos —amenazó Robert, con el puño cerrado y tono desafiante.

Pero los Glenarvan sabían que cualquier intento sería inútil. Esos niños estaban condenados a un triste futuro. Hasta que Helena propuso:

—Edward, el *Duncan* es un buen barco y puede soportar las duras condiciones de cualquiera de los mares, incluso los del Sur, así que vayamos en busca del capitán Grant.

4. LA PARTIDA DEL DUNCAN

Lord Glenarvan había pensado en buscar él mismo al capitán Grant, y cuando su esposa le propuso acompañarlo en la aventura, su corazón se llenó de felicidad. No había que perder ni una hora así que, ese mismo día, le ordenó al capitán Mangles que preparara el Duncan. Viajarían a los mares del Sur y, si era necesario, darían la vuelta al mundo.

Mary pidió permiso para acompañarlos y Robert se habría escondido en el rincón más oscuro de la bodega antes que dejarlos partir sin él, así que decidieron llevarlos.

Mac-Nabbs también fue de la partida. El mayor era un escocés callado y tranquilo, que jamás peleaba ni discutía y nunca se enojaba, por lo tanto resultaba un gran compañero de viaje.

El Duncan era un excelente barco que navegaba tanto a vapor como a vela y su capitán, John Mangles, un joven marino que sentía un gran aprecio por lord Glenarvan. El resto de la tripulación eran hombres de mucha experiencia y dignos de toda su confianza.

Para acondicionar su buque, el capitán cargó combustible y víveres y, como no se sabía lo que podía pasar, también compró un cañón, que colocó en el castillo de proa.

El 25 de agosto, el Duncan soltó amarras, puso en movimiento su hélice y salió del puerto. Lord Glenarvan, lady Helena, el mayor Mac-Nabbs, Mary y Robert Grant, y toda la tripulación iniciaban el viaje.

5. EL PASAJERO DEL CAMAROTE NÚMERO SEIS

Después de todo un día de tormenta, el sol recién salió a media mañana del 26 de agosto y, hasta entonces, todos los pasajeros permanecieron en sus camarotes. Todos, menos el mayor Mac-Nabbs, que paseaba sobre cubierta cuando vio aparecer un desconocido.

Era un hombre de unos cuarenta años, alto y flaco, con el aspecto de un largo clavo de cabeza gorda, pues su frente era ancha, su nariz larga, su boca grande y su barbilla, muy pronunciada. Sus ojos se escondían detrás de unos anteojos enormes y redondos. Parecía alguien inteligente y alegre y, sin conocerlo, ya se notaba que era distraído. Llevaba un catalejo en bandolera y tenía puesta una gorra, botas amarillas, un pantalón marrón y una chaqueta con muchísimos bolsillos que parecían guardar libros, agendas, cuadernos y otros mil objetos tan molestos como inútiles.

La calma del mayor contrastaba con la inquietud del desconocido, quien le daba vueltas alrededor interrogándolo con la mirada, sin que Mac-Nabbs le preguntara de dónde venía, a dónde iba ni por qué estaba a bordo del Duncan. Hasta que el enigmático personaje vio que no podría sacarlo de su indiferencia. Entonces, tomó su catalejo —que desplegado medía más de un metro— y lo apuntó hacia el horizonte. Cinco minutos después, lo bajó y se apoyó en él, como si fuera un bastón. Pero las secciones del catalejo se introdujeron unas dentro de otras hasta cerrarse, y el nuevo pasajero perdió su apoyo y estuvo a punto de caer al pie del palo mayor. Cualquiera en el lugar de Mac-Nabbs no habría podido contener la risa. Pero él ni movió los labios.

—¡Camarero! —gritó entonces el desconocido, con acento de extranjero.

Nadie le contestó.

—¡Camarero! —repitió, elevando el tono.

El camarero, que casualmente pasaba por ahí, se dio vuelta al oír que ese hombre, a quien no conocía, lo llamaba.

—¿De dónde sale este personaje? ¿Será amigo de lord Glenarvan? —dijo en voz baja, mientras se le acercaba.

—¿Usted es el camarero? —le preguntó el extraño.

—Sí, señor. Pero no tengo el honor de...